

BIBLIOGRAFIA

Philosophische Handbibliothek.—Herausgegeben von Clemens Baeumker, Ludwig Baur, Max Ettlinger. Band IX. Religionsphilosophie von Johann Peter Steffes. Un tomo de 22 X 15 cm. 280 págs. München, Kösel und Pustet, 1925.

Filosofía de la Religión. He aquí una nueva ciencia, o una nueva rama de las ciencias filosóficas, legítimo producto del siglo XX.

Ni en la Edad Media, ni en la época del Renacimiento, ni en el siglo de la Filosofía, ni en el de las luces, podía naturalmente venir al mundo la Filosofía de la Religión.

La consideración filosófica no es otra cosa que la contemplación fría y desinteresada de los objetos que llegan a noticia de nuestro espíritu, para ver de afirmar o negar su existencia, de analizar su espíritu, de explicar su íntima constitución.

Todo lo que de alguna manera es, puede ser objeto de la consideración filosófica; pero siendo tan vasto, tan complicado el reino universal de los seres, es natural que no hayan entrado todos ellos a un mismo tiempo en el campo visual, digámoslo así, de la Filosofía.

Tratándose de la Religión hay además otros motivos para explicar que haya aparecido tardíamente su estudio filosófico. En la Edad Media la religión estaba tan entrañada en la vida de los pueblos europeos, y se la cultivaba con tanta reverencia, que a nadie podía ocurrir convertirla en objeto de frío análisis. La religión se vivía, no se analizaba. Lo cual no quiere decir que no se estudiara, pues al contrario, nunca la Teología ha gozado más honor y más favor, sino que se estudiaba como se estudia la palabra de Dios, no para discutirla, sino para entenderla y acatarla; y se estudiaba, no el fenómeno religioso como tal, sino la forma concreta de la religión cristiana; y se estudiaba, no con el desinterés, con la imparcialidad propia de la Filosofía, sino con la deliberada intención de fundamentar la religión cristiana, defenderla y propagarla.

Una Filosofía de la religión tiene que prescindir, al menos por el

momento, de cuál es la verdadera religión, para abarcárlas a todas en su análisis y deducir de éste las notas esenciales de los fenómenos religiosos. Por eso no podía tampoco nacer en los siglos en que las controversias religiosas absorbían la atención de los que se dedicaban a esta clase de estudios.

La reacción del racionalismo contra esas polémicas llevó en cambio a los preciados de filósofos demasiado lejos, hasta hacerles despreciar y aborrecer toda manifestación y sentimiento religioso. Para los «ilustrados» de la Enciclopedia no tenían los fenómenos religiosos dignidad suficiente para ocupar la atención de un sabio; a lo más merecían una sonrisa de compasión, si no de sarcasmo. Y este espíritu dominó bastante en el siglo XIX, cuando no dió lugar a la declarada hostilidad y a la persecución sectaria.

Pero las olas que levantaron el filosofismo y la revolución francesa han muerto ya, y hoy día no hay en Europa quien tenga para los fenómenos religiosos una mirada de desdén o de desprecio. (Sólo hay que exceptuar algunos «ilustrados» españoles, que viven con medio siglo de retraso y aun se burlan de las manifestaciones religiosas). Hoy día aun los hombres que no son religiosos reconocen la importancia que ha tenido en la historia, y que tiene todavía, todo lo que se roza con la religión; reconocen que tanto sicológica como socialmente, lo mismo desde el punto de vista de la crítica que desde el punto de vista de la metafísica, el problema religioso es uno de los más dignos de llamar la atención del hombre pensador.

La nueva ciencia tenía que nacer en el seno de un racionalismo libre de odios y alejado de controversias, como el que caracteriza un gran sector intelectual en este siglo XX. Nada extraño, pues, que las primeras tentativas en dicho terreno partieran de este mismo sector, y que en ellas no se considerara la religión cristiana sino como una de tantas, tal vez la más perfecta, pero no la definitiva.

Desde el punto de vista católico se comprende la aversión a esta clase de estudios. La cultura católica ha salvado, en medio de la turbulenta edad moderna, los mejores elementos de la cultura reposada y serena de la edad media, y uno de estos elementos, el principal, es la fe religiosa, el santo respeto por las cosas santas, la profunda veneración ante las verdades reveladas. ¿Qué sentido puede tener en un espíritu así constituido el conocimiento de notas y propiedades abstractas, debidas a la comparación de las distintas religiones?

Pero al fin, estaba abierto un nuevo campo de investigación, y menester era asomarse a él, y enterarse; y quien haya tenido tiempo de recorrerlo despacio, hará muy buena obra si nos escribe una guía que pueda ahorrar tiempo y trabajo a los jóvenes y a los viejos que se aventuren en él y, sobre todo, que les permita prescindir de libros racionalistas, muchas veces peligrosos y siempre incapaces de comprender el cristianismo.

Esto es lo que ha hecho Steffes en el libro que anunciamos, y a la verdad que ha desempeñado su empresa con notable acierto.

Después de limitar bien el campo de estos estudios y hacer ver cuál es el fin de ellos y en qué se distinguen de otras disciplinas similares, trata en la segunda parte de la *Fenomenología de la religión*, precisando su concepto, analizando su esencia y explicando su origen. Esta última es una de las cuestiones que están mejor tratadas. Con erudición, claridad y solidez se expone y refuta la teoría racionalista, la romántica y las diversas formas de la teoría evolucionista, sea que partiendo de la consideración lingüística se apoye en la pretendida identidad de los mitos primitivos, sea que tome más bien la forma de animismo, fetichismo y totemismo.

Muy oportunamente aprovecha el autor los estudios de Lang (*The Making of Religion*), Graebner, Schmidt, Frobenius y otros modernos investigadores, cuyos trabajos han hecho renacer la teoría, nunca abandonada por la escuela católica, de que el monoteísmo fué la religión primitiva, y las demás religiones no son más que degeneración de aquélla.

En la tercera parte estudia el autor las relaciones entre *Religión y Sicología* por una parte (sicología de los sentimientos religiosos), *Religión y Crítica* por otra (donde se estudia el problema de la certidumbre de la existencia de Dios, deteniéndose el autor más de lo justo en establecer las pruebas de la misma según la Filosofía cristiana), y *Religión y Metafísica*, en que se rechazan el monismo y el dualismo, y se analizan los conceptos de ente *a se* y ente absoluto.

La cuarta parte trata de *los fenómenos religiosos dentro del marco de la moderna cultura*, donde son de notar los que el autor llama sustitutos de la religión: Nacionalismo, raza, estatismo, humanidad... y así mismo la descripción de los diversos tipos religiosos según predomine el entendimiento, la voluntad, la fantasía, el sentimiento, la actividad, la reconcentración, etc.

La última parte examina las relaciones de la Religión y la Socio-logía.

Al fin de cada capítulo se citan las mejores obras modernas sobre la materia del mismo. Me hubiera gustado encontrar también citados los clásicos de la filosofía escolástica, que han tratado más de una de estas cuestiones con agudeza de ingenio no igualada por los tratadistas modernos.

Es lástima también que se tengan en cuenta autores de muy dudoso prestigio, cuyas teorías no merecían salir del recinto de sus respectivas aulas, y se les confunda con los grandes pensadores pasados y presentes.

Pequeño defecto, o más bien exceso éste, que no impedirá que la obra de Steffes cumpla su fin de guiar sin peligros en el estudio de la Filosofía de la Religión.

F. RESTREPO.

P. Alonso Väth, de la Compañía de Jesús, **La Misión de Bombay**; Historia de la Misión desde el año 1854 al 1920. Obra traducida del alemán, por el P. José Montserrat, de la misma Compañía. Barcelona, 1924. XVI y 352 páginas, 252 × 180 milímetros.

El P. Väth, Director de *Die katholischen Missionen*, y antes misionero por muchos años en la misma Misión de Bombay, es el más indicado para escribir la historia de esta Misión, desde 1854, en que se confió a los jesuitas alemanes el Vicariato de Puna (de toda la Misión Bombay-Puna se encargaron en 1858), hasta 1920, en que, por orden del Gobierno inglés, tuvieron que abandonar la Misión.

Empieza el P. Väth con una hermosa descripción geográfica de la Misión, a la que sigue la de la religión de sus habitantes: Induismo, Mahometismo y Parsismo. Esta última religión tiene sólo 100.000 parsis en todo el Indostán, de los cuales la mitad vive en Bombay. Pero esta, al parecer, insignificante minoría tiene gran influjo en la península indostánica por sus cualidades y su elevada posición.

Después habla, naturalmente, nuestro historiador de la introducción del cristianismo en la India, de la propagación de la fe en tiempo de las conquistas portuguesas, y de la decadencia de esta nación y pérdida de su imperio colonial. Por cierto que en este punto tene-

mos que detenernos algún tanto, porque los juicios del P. Väth respecto a él nos parecen, a decir verdad, enteramente equivocados e injuriosos para España. Veámoslo brevemente.

Dice el P. Väth: «En 1580 juntáronse en la persona del rey D. Felipe II las dos coronas de España y Portugal, y esta unión había de ser muy fatal a la futura posición de Portugal en el mundo. Aunque, a tenor del tratado de unión, la administración nacional y colonial portuguesa había de continuar separada de la española, lo cierto es que Portugal con sus posesiones fué entregado, según las máximas absolutistas de aquel tiempo, a los reyes españoles, y que éstos consideraron a Portugal como provincia, la cual descuidaban, y a las posesiones índicas como manantial de subsidios para sus empresas europeas. Era natural que desde entonces los empleados portugueses mostrasen menos ganas de pelear por un rey, a quien consideraban como extranjero, y de enviar tesoros a la metrópoli. Portugal, que hasta entonces había mantenido relaciones amistosas con toda Europa, hubo de contribuir a todas las guerras de España...» Así prosigue contando las pérdidas de las posesiones portuguesas, debido esto, claro está, «principalmente a la soberanía española».

Seríamos interminables, si nos metiéramos a refutar tantas inexactitudes; digamos siquiera dos palabras sobre el asunto. Lejos de nosotros el excusar las faltas reales de España, que las tuvo, como todos los pueblos; pero lo que aquí afirma el P. Väth de ella es completamente falso, y las pruebas nulas. Nunca probará el P. Väth que los monarcas españoles dejaron de considerar a Lisboa como centro de la administración nacional y colonial portuguesa, ni menos que trataran a Portugal como a una Provincia descuidada. La administración estaba enteramente en manos de los portugueses, sin haber en Portugal más que el virey y unos pocos soldados españoles. Los tributos fueron durante la dominación española leves, excepto en los últimos años que se recargaron por las complicaciones que entonces sobrevinieron a España. Para las guerras de España no se sacaron soldados portugueses hasta los últimos años en que se envió a Flandes una leva de ellos; el año 1640 se pidió, para sofocar la rebelión de Cataluña, una leva de la nobleza portuguesa, pero ésta contestó con el levantamiento contra España.

En cuanto a la pérdida de las colonias portuguesas por culpa de España, precisamente en esto es en lo que menos culpa cabe a nues-

tra nación. Desde la unión con Portugal, los españoles, por respetar su autonomía, no sólo no enviaron tropas a las colonias portuguesas, pero ni siquiera doblaban el Cabo. En 1613, los portugueses,acometidos por los holandeses, pidieron el auxilio de los españoles de Filipinas, pero después rehusaron la colaboración. Al año siguiente, volvieron los holandeses a extenderse por las Molucas y otras islas. Entonces acudieron los españoles de Manila y arrojaron de las islas a los holandeses. En 1610, fué destrozada por los españoles la escuadra holandesa enviada contra Manila. Y a pesar de que los holandeses seguían enviando refuerzos para la guerra contra España y contra las colonias portuguesas, los portugueses oponían una resistencia pasiva a los auxilios que llegaban de los españoles, por la desconfianza que entonces tenían y que no ha desaparecido ni aun en nuestros días. Después vino la proclamación de la independencia portuguesa, a fines de 1640. Y el nuevo monarca portugués, antiguo Duque de Braganza, hizo en seguida alianzas con Francia y Holanda, en contra de España, y luego con Inglaterra. La perdida de las principales colonias portuguesas fueron, como lo reconoce el P. Väth, de 1636 a 1663. Pues bien, esas colonias, donde no había soldados españoles, se declararon separadas de España en seguida que lo hizo Portugal. Si Portugal, mal gobernada por sus nuevos soberanos, fué dejando en manos de sus nuevos aliados Holanda e Inglaterra, tan codiciosos, como inseguros, sus principales colonias: ¿a que salir con la culpabilidad de España que ni antes ni después se metió para nada en esas colonias? Dice el P. Väth que con la guerra por la independencia, Portugal agotó todo su erario y se aniquiló su fuerza nacional. ¡Como si Portugal sola hubiera luchado con España! Nuestra nación, agotada por innumerables guerras y por la continua colonización de América, sólo contaba con unos ocho millones de habitantes, y sostenía una guerra difícil con Holanda. A pesar de esto, intervino en la guerra de los treinta años de Alemania en favor de los católicos alemanes contra los alemanes protestantes y los suecos. En 1634 fué derrotado completamente el ejército sueco, en gran parte, gracias a la infantería española mandada por el Infante D. Fernando. Entonces Francia, con rica población, y fortalecida con la alianza de Suecia, Holanda, Suiza, los Duques de Saboya, Parma y Mantua y los protestantes alemanes, entró en la guerra con la casa de Austria. Pero el caso más grave para España fué cuando, además se declararon en rebeldía y aunaron con sus enemigos.

migos Cataluña y Portugal. Como es claro, los españoles en su guerra con Portugal, no hacían más que defender los derechos del único Soberano legítimo de España y de Portugal. Los portugueses luchaban, sí, por su independencia, pero contra su rey legítimo, a quien habían sustituido por el Duque de Braganza. Es realmente una falta de justicia el atribuir a España los males que a Portugal se siguieron de esta guerra. Pero en fin, dejemos este asunto, en el cual el Padre Väth creemos que no está bastante bien informado, y sigamos la crítica de su obra.

Muy de notar es la cuestión un tanto compleja de la jurisdicción goana y la de los Prelados de la Propaganda, cuestión en que se llegó hasta el cisma por parte de los goanos. Felizmente, la prudencia de la Santa Sede logró arreglar establemente las cosas en el Concordato de 1886. Dice, sin embargo, el P. Väth que, según «ha demostrado una triste experiencia», «la doble jurisdicción es una gran rémora de la vida católica.» Indudablemente; pero mayor rémora podía ser el que se hiciese desaparecer una de ellas. Por eso, la Santa Sede las ha establecido ambas en muchas partes. Esas dificultades desaparecen enteramente con la caridad, como decía el santo Obispo Fischer, de su Diócesis de Kaschau, donde los fieles tenían los Obispados latino y grecoeslavo católico, y sin embargo, vivían muy unidos entre sí.

En lo que damos completa razón al P. Väth, es en lo que los jesuitas alemanes han hecho por la enseñanza. Hay católicos que creen que los misioneros que se emplean en este ministerio estarían mejor empleados en la conversión de los infieles. Con todo nos parece evidente la razón de otros muchos que creen que en los pueblos cultos, sobre todo, como es la India, una enseñanza católica bien fundada es la primera condición de una Misión. Con la enseñanza se levanta el prestigio del Catolicismo, que sirve en todos los ministerios; se levanta el nivel de los católicos, que de esta manera tienen el día de mañana una clase directora inteligente y respetada; y hasta se va con el tiempo influyendo en las ideas de los hombres cultos paganos, que se van acercando en su manera de pensar y en sus acciones al Catolicismo. En la India, es también la manera de poder convertir a las clases altas, como se ha visto en la Misión de Trichinópoly, y se empezaba a hacer en la de Bombay. En esta cuestión de la enseñanza los misioneros alemanes estaban en primera fila entre todas las Misiones católicas.

Algunos achacaron a la Misión de los Padres alemanes el no trabajar bastante con los infieles. Pero el que haya leído con detención al P. Väth se persuadirá de lo contrario. Los misioneros no cesaron de hacer tentativas con diversas clases de las muchas que hay en la India; y en varias de ellas han conseguido resultados nada despreciables, como se ve por el constante aumento de los cristianos de la Misión. En 1858, tenía ésta, bajo la jurisdicción de la Propaganda, 17.000 católicos. En 1914, eran éstos 42.027.

Pero vino la terrible guerra europea, y los misioneros alemanes, tan alabados siempre por las autoridades inglesas como modelo de súbditos obedientes y fieles a Inglaterra, y que siempre habían sabido infundir estos mismos sentimientos a sus discípulos indios; estos misioneros fueron tratados como enemigos peligrosos del pueblo inglés: expulsados la mayor parte, y los más jóvenes de cuarenta y cinco años internados como prisioneros y expulsados al fin de la guerra. Estas medidas draconianas, ejercitadas con gente tan benemérita del mismo pueblo inglés, no fueron tomadas por impulso de las autoridades británicas de la India, que conocían bien a los misioneros, sino por órdenes del mismo Gobierno inglés, y a lo que parece, sobre todo, por la intervención de Lord Kitchener.

Así, por la expulsión de los Padres alemanes, y por las dificultades que luego puso el Gobierno inglés a los Padres de la Provincia de Maryland-Nueva York, al fin, vino la Misión a manos de los Padres españoles de la Provincia de Aragón, que son los que actualmente la rigen. ¡Quiera el Señor que nuestros compatriotas prosigan con creciente fruto la ardua labor comenzada por los jesuitas alemanes!

H. GIL.

